

S

in tomar partido acerca del hecho de la existencia o no de un ambiente al que se pudiera llamar posmodernidad, ya que los debates en torno de este punto son abundantes y candentes, una cosa sí es objeto de nuestra constatación: asistimos al nacimiento y desarrollo de una época de evidentes y en no pocos casos frenéticas búsquedas de sentido; como lo declaraba proféticamente el Concilio Vaticano II hace más de un cuarto de siglo, «una época de cambios rápidos y profundos».

De manera creciente, nuestra cotidianidad se ve inundada con signos, movimientos y fenómenos personales y sociales que denotan un ansia de horizontes que articulen, motiven y otorguen coherencia a unos modos de vivir signados por la mentalidad y los frutos de la racionalidad moderna. El resurgir de lo esotérico, las preguntas por la vida más allá de la muerte, la síntesis entre Oriente y Occidente en cuestiones de espiritualidad, el contraste entre globalización económico-política y reivindicación de lo étnico y lo particular, la búsqueda de sentido vital en la naturaleza, la historización de los lenguajes mitológicos y los fundamentalismos ideológicos, políticos y religiosos, son entre muchos otros, signos de una situación global y existencial marcada por las paradojas.

Preguntas recurrentes por el diablo, los ángeles, las apariciones, los milagros, el fin del mundo, por for-

mas diferentes de espiritualidad, por la resurrección de los muertos y la reencarnación, entre otras, parecen ser el centro de las inquietudes religiosas de nuestro tiempo; ante esta circunstancia, la teología no puede hacer menos que reivindicar su tarea como lectura de la realidad desde la revelación y la fe, tratando de ofrecer horizontes de sentido, que nutridos desde la norma de normas del Evangelio, ofrezcan al pueblo de Dios, sediento de luz, criterios, principios y orientaciones desde los cuales sea posible la continuación de la tarea eclesial de trasparenciar el rostro de Dios en el mundo.

En un panorama tan desgarradoramente doloroso como el que atraviesa el país, nada más orientador y refrescante que una teología sólidamente fundamentada en el Evangelio, en el magisterio y en la tradición de la Iglesia, que ofrece luces sobre la apremiante necesidad de rescatar la opción fundamental por el pobre y la lucha constante por la justicia en un ambiente de solidaridad. Tales son los ejes de un compromiso cristiano que no puede dejarse enajenar, sino que debe convertirse en el día a día de una Iglesia que rechaza la violencia y opta denodadamente por la vida como don fundamental del Creador.